

ALFONSO VII.

ROMANCE. (1)

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?...
RIOJA.

I.

LA AURORA.

En un empinado cerro
Que el vago Miño acaricia,
De sérpol y madre selva
Festonadas las orillas,

Entre un bosque de madroños,
No léjos ya de la cima,
Sobre el fondo azul del cielo
Descuella modesta Ermita.

De un sonoro esquiloncillo.
Cunde la voz argentina
Por el valle que despierta
Con trasportes de alegría.

(1) Véase el Prólogo, párrafo 4.º

Es la aurora en que los fieles
La memoria solemnizan
Del inefable misterio
Que trajo al mundo la dicha;

Pues ya veinticinco soles
Lucieron día por día
Del tercer mes que inaugura
La primavera benigna.

Por eso el metal parlero
Del alba anuncia la misa,
Llamando los montañeses
A la casa de María.

Cual suelen las blancas tiendas
Momentos antes dormidas
Agitarse al primer grito
Que marcial clarín envía;

Así el pacífico acento
Difundido por la brisa
Restituye á los contornos
El movimiento y la vida.

Y aquí se abre una cabaña,
Y allí humea una alquería,
Y acullá lejanas voces
El eco envidioso imita.

En su argentada carroza
De tules de oro vestida
Ya avanza por el Oriente
De Titan la noble hija.

Los castaños y laureles
Que ámbar líquido destilan,
Los mirtos y mejoranas
Con la esbelta campanilla,

Y los rústicos jazmines
Encanto de la campiña
La mústia frente levantan
A darle la bienvenida.

Ya sus briosos corceles
Febo siguiéndola aguija
Y en oro y carmin la sierra
Baña sus crestas altivas.

Misteriosa luz por grados
El hondo valle ilumina,
Gracioso término medio
Entre la noche y el día.

Y del follaje saltando
Mil pintadasavecillas,
Aquí gárrulas gorjean,
Allá melodiosas trinan.

En son de fiesta por grupos
Llegan vistosas cuadrillas
De jóvenes que sus pasos
Al monte santo encaminan.

Su animación á los viejos
Recuerda con harta envidia
Los fugitivos placeres
De su muerta edad florida.

Las garbosas aldeanas,
Encanto de aquellos climas,
Dan escolta á los mancebos
Que sirviendo van de guía.

Ellas con gracia ostentando
Blanca y airosa toquilla,
Breve saya, alto corpiño,
Manga de lino muy limpia;

Ellos calzon y polaina,
Chaleco de grana fina,
Luenga faja, ancha montera
Que amor adornó de cintas.

Y al compás de los panderos
Que el son de la gaita anima,
Formando círculo cantan,
Triscan, corren, danzan, chillan.

Que la piedad es alegre
Si adusta la hipocresía,
Y nunca en virtuosos pechos
Fanático tédio anida.

A cien pasos del santuario
Y en una floresta umbría,
Brotó cercada de robles
Pura fuente cristalina.

Creyérase aquel recinto
Que fresca alfombra matiza,
Un pabellon donde acuden
A solazarse las ninfas.

Sentados á la redonda
Seis caballeros platican,
Que ser deben por su porte
Personajes de valía.

Pues cuando algun campesino
Cerca de allí se desliza,
Con gran respeto se aleja
Despues que la frente inclina.

De los seis el ménos jóven,
A quien Osorio apellidan,
Tales palabras les dice
Con voz firme y decidida:

—«Despues de tantos trastornos,
Tan largos males y cuitas,
Apíádase al fin el Cielo
De la hispana monarquía.

Cual astro á cuya presencia
La tempestad se disipa,
Ya en nuestro turbio horizonte
Alfonso el sétimo brilla.

¡Gloria y salud al ungido
A cuyas sienes Galicia
Cifió la imperial diadema
De tan gran príncipe digna!

Es jóven, pero ¿qué importa?
Tiene alma grande, y abriga
Virtudes tales que á Numa
Y á César mismo honrarian.

Diestro, maneja una lanza,
Valiente la espada vibra,
Y al más indomable bruto
Gobierna con gallardía.

Al empuje de su brazo
No hay espaldar que resista,
Y una fulgente aureola
Su augusta sien diviniza.

Humano con el vencido,
Le honra tal vez si se humilla,
Nunca cede ante el soberbio,
Y sus desmanes castiga.

Piadoso á la Iglesia ilustra,
Prudente planes combina,
Afable los pobres le aman,
Fuerte los grandes le admiran.

Y desde el Tajo hasta el Esla,
Desde el Ebro hasta la orilla
Del Guadiana, acata el pueblo
Las leyes que Alfonso dicta.

Con tal Monarca ¿no es hora
De que la yerma Castilla
Cobre la paz, alterada
Por gentes advenedizas?

—¡Sí, repone Fernan-Sanchez,
Que es, vive Dios, ignominia
Que el de Aragon nos ocupe
Tantos lugares y villas!

—¡Afrenta y baldon! (Pedro Arias
Con voz de trueno replica):

—¡Afrenta! (añade el de Trava);

—¡Baldon! (Arias Perez grita).

—Pues bien, continúa Osorio,
Desconcertemos sus miras,
Releguémosle del suelo
Que subyuga y tiraniza.

Rota la nupcial coyunda
Que á doña Urraca le unia,
En ningun título firme
Su loca esperanza libra.

Pero no basta intentarlo;
Hermanar hoy nos precisa
Con la astucia de la zorra
Del leon la bazarria.

Portugal está en acecho,
Navarra gentes alista,
Y Aragon sigue avanzando,
Y acá traidores conspiran.

Hoy vendrán cien infanzones,
Que son la flor de Galicia,
Disfrazados á este cerro
Como en son de romería.

Los veremos, y juntando
Nuestras huestes aguerridas,
Ganaremos para Alfonso
La desmembrada Castilla.»

Dice: y tres notas pausadas
La humilde campana envia,
Notas que el eco repite:
Por las montañas vecinas.

Y los nobles caballeros,
Avanzando cuesta arriba,
Trasponen á poco rato
Los umbrales de la Ermita.

II.

LA MAÑANA.

Frente á Nájera, en un llano
De rico verdor cubierto,
Inmóviles se contemplan
Dos poderosos ejércitos.

Divide sus blancas tiendas
Un rio fértil y ameno
Que lleva en diminutivo
El nombre mismo del pueblo.

Y aunque breve y reducido
Bastan sus ondas al riego
De sus feraces campiñas,
Huertas y pingües barbechos.

Que aunque civiles disturbios
Talan el valle opulento,
Más que segur destructora
Puede el vigor de aquel suelo.

De Aragon y de Navarra
 Son los de allá caballeros,
 Los de aquende castellanos,
 Leoneses y gallegos.

Inquebrantable á los unos
 Rige un Monarca guerrero,
 Que compartió con Urraca
 No há mucho tálamo y cetro.

Jóven inclito á los otros
 Acaudilla Alfonso sétimo,
 Que de victoria en victoria
 Triunfantes lleva sus tércios.

Hizo en Galicia alianzas,
 Confirmó en Zamora feudos,
 Desbarató inícuos planes,
 Burló menguados proyectos.

Rindió el castillo de Búrgos
 Que guardaba altivo y fiero
 El aragonés alcaide
 Sancho Aznar para su dueño.

Y por doquiera que cruza
 Con amor aclama el pueblo
 De otro Alfonso al descendiente,
 De su grandeza heredero.

Con él van los más lucidos
 Ricos-homes de sus reinos,
 Los Sandovalés y Osorios,
 Los Castros y Manzanedos.

Y cien otros infanzones
 De Santillana y el Vierzo,
 La flor de las dos Castillas,
 De Astúrias lo más selecto.

De Montes de Oca atraviesan
 Los hondos desfiladeros,
 Sin disputarles el paso
 Gentes de afuera ó de adentro.

Y apenas de su venida
 Llegó á Villafranca el eco,
 Belorado abre sus puertas
 Entre aplausos y festejos.

Que son sus libertadores,
 Y anhelaba largo tiempo
 Del opresor ambicioso
 Romper el yugo de hierro.

¡Belorado! ¡patria mia!
 Permítaseme un recuerdo
 De amor al hogar testigo
 De mis infantiles juegos.....

¡Dulce Tiron, cuántas veces
 Fatigado y sin aliento
 Templé mi sed en las aguas
 De tu cauce pintoresco!

¡Cuántas corrí tus orillas
 Frescas guirnaldas tejiendo
 Ya de moradas violetas,
 Ya de espigados cantuesos!

Del húmedo soto ¡cuántas
Entre los mimbres y fresnos
Retiré de oculto nido
Los inocentes polluelcs!

Por la baja cerradura
Tal vez de rústico huerto
Sin sazon tomé las pomas
A hurtadillas de su dueño.

Por aquella fresca linde
Que cierra un muro de yezgos
De verde liston prendido
Llevé á pastar un cordero.

A la benéfica sombra
De aquel árbol corpulento
Reposó mi amada madre
Y estampó en mi frente un beso.

En aquel hermoso prado
Que atraviesa un arroyuelo
Prendí con traidora liga
Los pardillos y jilgueros.

¡Dulces dias de mi infancia,
¡Dónde estais? qué os habeis hecho?
¡Cuán fugaces vuestras horas!
¡Cuán breves, cuán breves fueron!

Cada espino, cada piedra,
Cada flor, cada sendero,
Cada fuente es á mis ojos
Misterioso libro abierto,

Donde las huellas registro
De juveniles ensueños,
Que para siempre pasaron
Y fugitivos corrieron.

Dispensa este desahogo,
Caro lector, á mi pecho,
Y á la interrumpida historia
Sin más digresiones vuelvo.

De Grañon ya sin estorbo
Trasponen el alto cerro,
Pasan el Oja, y avistan
En Nájera el bando opuesto.

Sacudir quieren el yugo
Con que Aragon ha resuelto
Domar de antiguos vasallos
El nunca rendido cuello.

Y á consentir no se avienen
Que un intruso por más tiempo
Tale impune por doquiera
Huertas, campos y viñedos.

En tanto que las dos huestes
Con aterrador silencio
Recelosas se contemplan
Y se miran á pié quieto,

De Santa María avanzan
Súbito al Real Monasterio
Con solos seis de los suyos
Los dos caudillos egrégios.

Pedro el santo Abad de Cluni
Pudo celoso moverlos
A que se vean y ajusten,
Sin verter sangre, un convenio,

Que ni amengüe de Castilla
Los bien fundados derechos,
Ni de Aragon humillante
Lastime los privilegios.

Trasponen ambos Alfonsos
Del claustro el umbral severo
Mientras callada la escolta
Queda á las puertas del templo.

Sonrie tranquilo el jóven,
Fulmina arrogante el viejo,
Que ménos calma quisiera
En el augusto mancebo.

No bien la ferrada encina
Giró premiosa tras ellos,
Cabe un altar y en dos alas
Van los monjes á su encuentro.

Y el virtuoso cenobita
Exclama inspirado al verlos:
«¡Gloria á Dios en las alturas
Paz en la tierra á los buenos!»

Y de súbito á sus plantas
Cae en lágrimas deshecho
Con sus hijos, que hasta el mármol
Llevan la frente suspensos.

«¡Paz! continúa el apóstol
Al pié del ara gimiendo,
¡Paz y ventura á los hombres
De corazon puro y recto!

Íncultos reyes del mundo,
No olvideis que el Rey Supremo,
Por darnos la paz, su vida
Rindió en infamante leño!

¡La paz es dádiva santa,
La paz es hija del Cielo,
La paz alegra á los ángeles,
La paz asusta al averno!

¡Haced la paz! y yo á entrambos
En nombre de Dios prometo
Prosperidad y ventura
De hoy en más á vuestro reino!

—¡Levanta! el jóven Alfonso
Dice su mano tendiendo,
Que no es razon que de un justo
Rocen las canas el suelo.

Dios nos habló por tu lábio,
Y á fuer de cristiano, creo
Los proféticos anuncios
Que en nombre suyo me has hecho.

Esta es mi diestra: si Alfonso
Mi señor, amigo y deudo
Quiere estrecharla, aquí mismo
Las paces concluiremos.

—¡Sí, gran Príncipe, repone
El Aragonés resuelto,
Llegad, y ponga un abrazo
Á nuestra concordia el sello!

Que si con vos en las lides
Rivalizo en el denuedo,
No ha de ganar el más niño
Por lo cortés al más viejo.

—¡Gracias, Dios mio (de hinojos
Exclama el Abad oyéndolos),
Por ti legislan los Reyes
Y florecen los imperios!

—¡No más rencores (prosigue
El de Castilla), olvidemos
De antiguas desavenencias
Los harto purgados yerros!

Devolvamos á las madres
La alegría y el consuelo,
Hayan quietud nuestras gentes,
Vida la industria y comercio.

Yermos están nuestros campos,
Nuestros talleres desiertos,
Y el encono y la venganza
Cébanse en miles de pechos.

La inútil sangre vertida
Sirvió de holocausto horrendo
Para expiar mútuas faltas,
Para atizar ódios nuevos.

Ruinas, lágrimas, miserias,
Profanaciones sin cuento,
¡Tal fruto dan de los Reyes
Los terribles desacuerdos!

Vos sois grande, generoso,
Magnánimo, y vuestro esfuerzo
Gloria os ha dado y renombre
En cien combates y ciento.

Yo aún soy novel en las lides,
Mas lo que por mí no puedo
Puédolo bien por los míos,
Que son muy bravos guerreros.

En vez pues de destrozarnos
Mútuamente, o Rey excelso,
Contra el infiel descreido
Convirtamos los aceros.

Despojos Múrcia os ofrece,
Valencia ricos trofeos,
Yo iré á buscar hasta el Bétis
Los musulmanes soberbios.

Y arrancaré de sus garras
En uno y en otro encuentro
Cien generosos cautivos,
Y cien profanados templos.

¡Guerra al infiel, gran monarca,
Guerra al infiel! continuemos
La grande obra que incoaron
Nuestros ínclitos abuelos!

Pronto el Dios de las batallas
Volará en auxilio nuestro,
Y hará próspero en la tierra
Cuanto bendiga en el Cielo.

—¡Harto al oiros se nota,
Repone el monarca austero,
Que hirviendo está en vuestras venas
La sangre de Alfonso sexto.

Decís bien: guía tú, anciano,
Donde las paces firmemos,
Y haz que allí vengan los nobles
Por testigos del acuerdo.»

Y el santo Abad los conduce
Con respetuoso silencio
Hasta el salón do celebra
Capítulo el monasterio.

Libres el átrio sus puertas
Deja á los doce guerreros,
Que con su firma atestiguan
Lo pactado en el Consejo.

Portadores de un mensaje
Que anuncia el fausto suceso,
Vuelan en breve á su campo
Los dos más nobles entre ellos.

Y á poco rato en los aires
Se desata grito inmenso
Que arranca el gozo á los bravos
A lidiar antes dispuestos.

Otra nueva inesperada
Cunde en ambos campamentos,
Y acrecienta el regocijo
De los castellanos pechos.

Su jóven príncipe Alfonso
Sin vacilar ha resuelto
De Arnaldo la noble hija
Traer al tálamo régio.

Y aquel venturoso enlace,
Que el de Aragon ha propuesto,
Á Barcelona y Castilla
Une en vínculos estrechos.

Por doquier de Berenguela
Va la fama enalteciendo
La bondad y bizarría,
La discrecion y talento.

Y los que á Nájera há poco
En son de guerra vinieron
Ya como hermanos se buscan,
Y echan los brazos al cuello.

Aquí plácemes resuenan,
Allá se forman proyectos,
Óyense vivas y aplausos,
Véense volar los sombreros.

De Marte el clarín temido
Se torna dulce instrumento
Con que Terpsícore ensaya
Sus más caprichosos juegos.

Y en los grupos se confunden
Cual veteranos de un cuerpo
Navarros y aragoneses,
Castellanos y gallegos.

Prolónganse en la velada
Cantos, danzas y festejos,
Ratificanse promesas,
Repítense juramentos;

Hasta que bélica trompa
Severa impone silencio,
Y cada cual en su tienda
Busca reposo en el sueño.

III.

EL MEDIODIA.

Por las cercas de Almería
Sobre un corcel jerezano
Cabalga el sétimo Alfonso,
Ya Emperador coronado.

Trava y Osorio le siguen,
Y otros nobles hijos-dalgo,
Con quien sus planes consulta
Como valientes y sábios.

—«Todo está en orden, amigos,
Dijo al fin á poco rato,
Máquinas, puentes, ingenios,
Escalas, minas y zarzos.

Por el mar los genoveses
Van ya la plaza estrechando,
Y nuestros peones por tierra
Cercan el muro compactos.

Ese sol que hoy nos alumbra
No ha de hundirse en el ocaso
Sin que el infiel capitule,
Sea por fuerza ó de grado.»

Llegan al trote á una tienda
De blanco lino y damasco,
Cuyo interior de María
Guarda portátil retablo.

Allí se detiene Alfonso,
Y apeándose de un salto,
«Esperad», dice, y alarga
Las riendas de su caballo.

Penetra, y la régia frente
Descubriendo el Soberano,
Cae de hinojos, y estas frases
Deslízanse de su lábio:

«María, mi firme apoyo,
María, mi dulce amparo,
Talisman de mis valientes,
Y escudo de mis vasallos;

Por ti reporté, Señora,
Tantas riquezas y lauros
De las fértiles comarcas
Entre el Guadiana y el Tajo;

Y en Lusitania de Enriquez
Enfrené el orgullo insano,
Y asenté sólidas paces,
Que alejen nuevos agravios.

Por ti dominé el tumulto
De Búrgos, Pamplona y Castro,
Por ti los planes deshice
De los de Lara y Bertrando.

»Y en el Orbigo al de Acuña,
Y en el Esla al denodado
Gonzalez Giron humildes
Hice acatar mis mandatos.

Con tu favor en Palencia
Convoqué al Concilio santo
Para atajar luengos males
Y abusos inveterados.

Y á Oriolo tomé el castillo
Que tantas ruinas y daños
Del Arlanzón al Pisuerga
Costó á mis fieles vasallos.

Tú á Zafadóra moviste
Á ser mi amigo y aliado,
Cediendo en prenda las torres
De Rueda y sus aledaños.

Y á Pelaiz en Buanga y Alba,
Y en Tudela á don Gonzalo
Rendí, largas sediciones
Aquí y allí sofocando.

Por tu inspiracion y auxilio
Madre mia, tremolaron
Victoriosos en el Bétis
Los estandartes cristianos.

Y de Córdoba las vegas
Y de Carmona los altos,
En sangre mora teñidos,
Del musulman son espanto.

De Jerez los fuertes muros
Cayeron pulverizados,
Y Gades rindió despojos
Superiores á mi cálculo.

¿Quién sino tú, Virgen Santa,
Me preservó del venablo
Que de una torre salido
Vino á matarme el caballo?

¿Por quién, por quién, Madre mia,
La imperial corona traigo
Que en Leon ciñó á mis sienes
El apóstol Toledano?

¿Quién inspiró á Berenguela
Para evitar el estrago
Que Texufo y los suyos
Meditaban en mi daño?

Tú lidiaste con nosotros
Para arrancarle al Navarro
Desde el Tiron hasta el Ebro,
Desde el Oja hasta el Cidacos.

Por ti en Aurelia vencimos,
 Por ti de Cória triunfamos,
 Por ti Jaen y Baeza
 Pagan pecho al castellano.

Por ti, en fin, civiles guerras
 Del infiel diezman el bando,
 Y á favor de sus discordias
 Yo mis dominios ensancho.

¡Tuyos son tantos trofeos,
 Tuyos mis triunfos y lauros;
 Dígnate, Virgen María,
 Bendecirlos y aceptarlos!

Si triste fin halló en Mora
 Mi Nuño Alonso lidiando,
 Y un héroe con él perdimos,
 Terror del fiero africano;

Si su cabeza en Sevilla
 Presentó Farax en cambio
 De las dos de sus Emires
 Que el ilustre alcaide trajo;

¡Revés fué con que los Cielos
 Aquella jornada aguaron;
 Pena tal vez de mis culpas,
 Castigo de mis pecados!

¡Vela, oh Virgen, por nosotros,
 Infunde aliento á mis bravos,
 Égida fuerte, invencible,
 Sea en la liza tu manto!

Sucumba el potente alcázar,
 Y descuelle en Porto Magno
 En vez de la media luna
 La divisa del cristiano.»

Mientras oraba el caudillo,
 Los que á la puerta quedaron,
 A su vez, tiernas plegarias
 Murmuraban concentrados.

Que á ejemplo son de los reyes
 Buenos los pueblos ó malos,
 Y la virtud como el vicio
 Bajan del trono al vasallo.

Mas ya el Principe se acerca,
 De nuevo cobra el caballo,
 Y con voz tonante exclama:
 «¡Dios por Castilla! ¡al asalto!»

«¡Al asalto!» grita Osorio,
 Y lleva, el bruto espoleando,
 Las órdenes convenidas
 A los puestos avanzados.

Pronto en redor de los muros
 Se oyen golpes y disparos
 Que llenan el mar de estruendo,
 Que dan á la tierra espanto.

Y cual suele amenazante
 Mugir toro acorralado,
 Si los leones asedian
 El poco seguro establo;

Así impotentes denuestos
Lanza el infiel blasfemando
Desde que puertas y muros
Ronda el leon castellano.

El fiel Trava, de Castilla
Manda los peones bizarros,
Hijos del Cid, que indomables
Por doquiera se abren paso.

Péro Alonso los Astures
Lleva al combate, y en vano
Diques y estorbos oponen
Al empuje de su brazo.

El conde don Ponce rige
A los que habitan los campos
Que fecunda el Jerte undoso
Del Alagon tributario.

Del Ulla las bravas huestes
Acaudilla don Fernando,
Que de Limia los blasones
Ilustra con hechos altos.

Fulmina el rey don García
Conduciendo á los Navarros,
Y á los que beben las aguas
Del Zadorra y el Durango.

Rayos de Marte parecen
Los leoneses que ufano
Gobierna Ramiro Flores
De los Guzmanes sol claro.

Arnoldo, obispo de Astorga,
Sostiene al débil, trocando
Si urgente razon lo pide
La espada por el cayado.

El conde Ramon ordena
Las haces que se alistaron
Del Cinca en las altas cumbres,
Del fértil Segre en los llanos.

Y otros cien y cien guerreros
Insignes, de origen alto,
Que do quier fijan su planta
De sangre dejan un charco.

Pero entre todos Alfonso
Se distingue, descollando
Como el cedro entre los mirtos,
Como el sol entre los astros.

Más bien que mortal, semeja
Celeste adalid enviado
Para ayudar á los buenos
Contra los ángeles malos.

Cien veces ya las escalas
Al muro altivo treparon,
Y otras cien veces al suelo
Cayeron hechàs pedazos.

No descansan las ballestas,
Crujen las hondas zumbando,
Y el sol de otoño oscurecen
Nubes de piedras y dardos.

Chocan lanzas y paveses,
Vuelan flechas y venablos,
Ya deshaciendo lorigas,
Ya broqueles abollando.

Con ronco estridor funcionan
Vigas, hachas, picos, mazos,
Y la tierra se estremece
Con sus golpes redoblados.

Seméjase ya el combate
Al infernal simulacro
Do Satán mide sus fuerzas
Con Miguel y sus hermanos.

Ancho portillo que Osorio
Abrió en el muro dá paso
Por entre escombros y ruinas
A los fieles toledanos.

Siguen los Alvar Rodriguez,
Joanes, Fernandez de Castro,
Con el de Urgel y el de Hita,
Y otros mil de gloria avaros.

Terrible al infiel, un grito
Llena de pronto el espacio:
«¡Almería por Alfonso!
¡Victoria por el cristiano!»

Y de las pardas almenas
Vénse ondular en lo alto
Los pendones de Castilla
De una cruz entre los brazos.

Veinte mil moros la vida
Por el Príncipe salvaron,
Que si fuerte en los combates,
Después de vencer es blando.

Inmensos tesoros guardan
En su alcázar los sitiados,
Resto de antigua opulencia
Que las guerras amenguaron.

Marfil y pieles del Atlas,
Con plumas de color raro,
Tapices de Sigilmesa,
De Sabá perfumes gratos;

Pulidas cajas de cedro
Con embutidos extraños,
De concha, coral y nácar,
Que son del arte milagro;

Gasas de Fez, pedrería,
Bellas joyas, ricos vasos,
Preciosas telas que el oro
Recama en caprichos varios.

Y en sus hondos almacenes
Acopian víveres tantos
Que al triunfador con los suyos
Mantener pueden seis años.

Tantas riquezas Alfonso
Parte con pródiga mano
Á fuer de espléndido y justo
Con sus amigos y aliados.

Los de Génova, en recuerdo
De aquel día memorando,
De fina esmeralda aceptan,
Cediendo su haber, un plato.

De Barcino el conde ilustre,
Tan noble como bizarro,
Del muro rendido toma
Las puertas que dan al campo.

Y á poco, de Santa Eulalia
Conducidas al palacio,
Como glorioso trofeo
Clavarlas manda en el átrio.

Todo es plácemes en torno,
Y hasta el piélagos salado
Montes levanta de espuma
Su alegría demostrando;

Que libre ya de piratas
Se encuentra el Mediterráneo,
Y no infestarán sus hondas
Los musulmanes corsarios.

Dánse las gracias al Cielo,
Y con general aplauso
Pomposas fiestas se anuncian
Por triunfo tan señalado.

IV.

LA TARDE.

Al abrigo de una loma
No léjos de Santa Eufemia,
Un ejército aguerrido
Levanta sus blancas tiendas.

Vistas de léjos, parecen
Caserías recién hechas,
Que de una nueva colonia
El pueblo agrícola albergan;

Ó alegre banda de cisnes
Que en sus juegos aletea,
Si á ratos agita el viento
Las no bien unidas telas.

El ameno Guadamilla
Se desliza por la vega
De olmos y acacias vestido
En una y otra ribera.

De Céres los rubios dones
Por doquier amarillean,
Mientras Vertumno y Pomona
Lucen su fausto y riqueza.

Mas aunque el férvido soplo
Del estío dejó huella
Por donde rompió el arado
Las entrañas de la tierra,

Nunca en aquel fresco valle
Faltan las galas diversas
Con que los prados matiza
La ostentosa primavera.

Cien fontanas de agua pura
Paga en tributo la sierra
Para templar los ardores
Del claro sol de la Bética.

Crecen del monte en la falda
Romerros y madreSelvas,
Cuyo jugo azucarado
Chupan las pardas abejas.

Brotan doquier sin cultivo
Flores, arbustos y yerbas
Que perfuman el ambiente
Con su purísima esencia.

Los encendidos claveles
Y las blancas azucenas
Con los nevados jazmines
Y el cárdeno lirio alternan.

Y aquí y allí facilitan
El paso por la maleza
Senderos que caprichosos
Van á escalar la eminencia.

No léjos del campamento,
Por una de estas veredas,
Próximo el sol á su ocaso,
Dos personajes pasean.

Diez lustros cuenta ya el uno,
Y en su actitud y nobleza
Nótase bien que de reyes
Circula sangre en sus venas.

Aunque más anciano el otro,
Intacto el vigor conserva,
Curtido con los azares
Y fatigas de la guerra.

Y un breve diálogo entablan
Parándose y dando vueltas
Por los floridos senderos
De la verde montañuela:

—«Cuida, Osorio, de que todos
Alcen con tiempo las tiendas,
Para seguir nuestra marcha
Del día á la luz primera.

Tornaremos á Toledo,
Ya que el Cielo así lo ordena,
Si no muy ricos, con honra,
Que es la más alta riqueza.

—De nuestras expediciones
La ménos fecunda es esta
En despojos, pero en cambio
No fué estéril en proezas.

—Verdad es, nuevos lugares
A mis dominios se agregan,
Y el musulman en los suyos
Más cada día se estrecha.

Y la luz del Evangelio
Se estiende á comarcas nuevas,
Y se redimen cautivos,
Y se castigan ofensas.

Pero ¡cuántos infortunios
Traen estas luchas funestas!
¡Qué de lágrimas arrancan
Y qué de males engendran!

—Con usura devolvemos
Al infiel....—Sí, más contempla
Que sus pérdidas, Osorio,
No disminuyen las nuestras.

Cogemos láuros, es cierto,
¡Pero cuánta sangre cuestan!
¡Y cuánta habrá de verterse
Para dar fin á la empresa!

—Señor, en esta jornada
Triunfantes vuestras banderas
Llegaron del Tajo al Bétis,
De Jaen hasta Baeza.

De Alarcos rendís los muros,
Capitula Santa Eufemia,
Cede y se humilla Pedroche,
Y Andújar abre sus puertas.

Caracuel, Mestanza, Alcudia
Y Almodóvar se os entregan,
Mientras que allá en Calatrava
Guarda el Temple las fronteras.

Y en Córdoba al moro altivo,
Castigando su soberbia,
Le tomáis villas, lugares,
Castillos y fortalezas.

Si así marchamos, en breve
Purgada será la tierra
De la canalla maldita
Que el Guadalquivir infesta.

No há mucho á los Almohades
En una marcial contienda
Deshicisteis á despecho
De sus infinitas fuerzas.

¿Qué ha sido de sus ginetes?
¿Dónde sus peones se encuentran?
¿A qué lugares Jucefo
Corrió á esconder su vergüenza?

Raudales de sangre mora
Tiñen, señor, esa tierra,
Que sus desastres publican
Como en Montelo y Aceca.

—¡Y lo del mar?....—¡Cierto, cierto,
Ha sido desgracia inmensa
Perder, señor, una plaza,
Y una plaza como aquella!

Mas si de nuevo Almería
Pasó al infiel, quien haberla
Pudo una vez, otras ciento
Sabrá cobrarla por fuerza.

—Si cuestiones de familia
Mi atención no distrajeran,
Llegado hubiéramos antes
A punto de socorrerla.

Pero tengo un plan, y en breve
Pésia Luzbel, será nuestra,
Si mi vida el alto Cielo
Tres meses más me conserva.

—¿Qué decís? Vos, tan robusto,
Sin achaques, sin dolencias,
Jóven aún, ¿dar cabida
Podeis á la triste idea....

—La muerte es de todos tiempos,
Y en todo lugar se hospeda,
Y ni al mendigo perdona,
Ni al rey por serlo respeta.

—¡Por piedad!....—Déjame, amigo,
Vuelve á los nuestros, y ordena
Que todo al alba esté pronto
Porque el marchar interesa.

—Señor, ¿seria prudente....
—Vé tranquilo, nada temas,
Estoy solo y bien armado,
Y el campamento muy cerca.»

Y saludando el guerrero,
A paso largo se aleja,
Entre tanto que el Monarca
Melancólico pasea.

Alza de pronto sus ojos
Deteniéndose en la senda,
Y distraído el descenso
Del sol poniente contempla.

«¡Rey de los astros, exclama,
Todo concluye en la tierra;
Tras esos cerros ¡cuán pronto
Quedará tu lumbre muerta!

¡Mas, ay! mañana triunfante,
Otra vez con pompa régia
Vestido de resplandores
Tocarás en la alta esfera!

Imágen eres del alma!
Tambien ella, tambien ella
Remontará el alto vuelo
Libre ya de la materia!»

Dice, y suspira: entre tanto
Que el majestuoso planeta
Sumerge el candente disco
Detrás de la altiva sierra.

El inflamado horizonte
Parece súbita hoguera
Que de invisibles comarcas
El vasto incendio refleja.

Sus fugitivos fulgores
Diversamente se quiebran
Tras la gasa de las nubes
En el espacio dispersas.

Y al limonero del valle
Y al mirto de las florestas
Dan un tinte misterioso
Que ningun pincel remeda.

Mas ya en el cristiano campo
Déjanse oír las trompetas,
Que sus piadosos deberes
Al Príncipe le recuerdan.

Dobla humilde la rodilla,
Desnúdase la cabeza,
Y en sí concentrado, al Cielo
Votos fervientes eleva.

Mas ¿por qué, cuando concluye
Su breve plegaria tierna,
Desatada de sus ojos
Libre una lágrima rueda?

¿Es tributo que á la dulce
Malograda Berenguela
Rinde el esposo angustiado
Que tanto gimió por ella?

¿Es recuerdo á la memoria
De Doña Blanca, su nuera,
Flor que tronchó cierzo impío
Sin respetar su inocencia?

¿Es obsequio á Doña Rica
La bizarra polonesa
Su consorte, á quien ausente
Consagra aquella fineza?

¿Es, en fin, el desahogo
De pesares que le ulceran,
Ó triste presentimiento
De alguna desgracia inmensa?

¡Sólo Dios, sólo él lo sabe,
Dios que las almas penetra,
Y sus afectos registra
Y sus dolores recuenta!

Ya el Héspero en Occidente
Luce su rubia guedeja,
Y el pabellon de los cielos
Recaman miles de estrellas.

Enmudecen las calandrias,
Los colorines se albergan,
Y el tardo buey al establo
Con lento marchar regresa.

Bajan del monte las brisas
De aroma y frescura llenas,
Y blandamente susurran
Las hojas de la arboleda.

Y el Príncipe al campamento
Dá pensativo la vuelta,
Porque de súbita fiebre
Nota el ardor en las venas.

Ya impacientes á buscarle
Trava y Osorio se acercan,
Sonríe al verlos, y triste
Manda guiar á su tienda.

V.

LA NOCHE.

No léjos del Muradal,
Bajo la peña tajada
Que un riachuelo sin nombre
Rodando entre guijas baña;

Cuando ya la luz postrera
Del crepúsculo se apaga,
Y por cerros y llanuras
Bate la noche sus alas;

Un ejército cristiano
Tendido en el valle acampa,
Y mústio fija sus tiendas
Entre los brezos y aulágas.

Pavoroso el campanario
De Fresneda se destaca,
Y entre las sombras perdido
Semeja inmóvil fantasma.

El sordo y lejano estruendo
De un molino cuyas aguas
Por erizados breñales
En confuso tropel bajan,

Parece el rumor incierto
De una ciudad angustiada
Que en noche de terremoto
Triste á los campos se lanza.

Cual antorcha mortecina
De las urnas cinerarias
Vistiendo monjil de luto
Parece la luna opaca.

El vendabal cuyo soplo
Las tempestades arrastra
Lúgubre á trechos agita
Los troncos de la enramada.

Y los medrosos gemidos
De la revuelta hojarasca
De espíritus invisibles
Figuran las quejas vagas.

El apagado ladrido
Se oye á lo lejos sin pausa
De un mastin que receloso
Vela en oculta cabaña.

Y la luna, el viento, el bosque,
La Iglesia, y el can, y el agua,
Todo tristezas augura,
Todo el espíritu exalta.

Bajo el frondoso ramaje
De una encina solitaria
Que cerca del campamento
Gigantesca se levanta,

Rodeado de centinelas
Un pabellon se resguarda,
Donde el blason de Castilla
Bordado en oro resalta.

Honda inquietud reina dentro
 Á juzgar por las palabras
 Que personajes de cuenta
 Con voz temerosa cambian.

Ya se aproxima un guerrero,
 Ya un mitrado se adelanta,
 Ya un capitán que á sus jefes
 Consulta un instante y marcha.

Y á través del blanco lino
 Rodar se oyen por la estancia
 De entrecortados sollozos
 Las notas acompasadas.

Mústio silencio en los reales
 Inquieta la gente guarda,
 Y el más locuaz veterano
 Suspira, medita y calla.

El que ayer á sus amigos
 Decidor embelesaba
 Con sus picantes consejas
 Y episodios de campaña,

Hoy pensativo y austero
 Contempla á sus camaradas,
 Cuyo pálido semblante
 Nuevas terribles presagia.

Ya no resuenan los himnos
 Que marciales anunciaban
 La gloria de sus conquistas,
 Ó los triunfos de sus armas.

Ni doncel apasionado
 Con trovas sentidas canta
 Correspondidos amores,
 Ó recuerdos de la patria.

Todo es tristura en el campo,
 Las horas tardías pasan,
 Y los pechos se comprimen,
 Y las hogueras se apagan.

Mas ¿qué ocurre, que de pronto
 Su voz el clarín levanta,
 Y los valientes se postran
 Murmurando una plegaria?

Es que entre cándidos cirios,
 Precedido por dos alas
 De consternados guerreros
 El Santo Viático pasa.

Bajo un pálio el venerable
 Toledano apóstol marcha,
 Portador triste y lloroso
 De la Hostia inmaculada.

De David los tiernos salmos
 Va murmurando con pausa,
 Y á la tienda se dirige
 De la encina solitaria.

Cercado de sus amigos,
 En un lecho de campaña
 Yace el magnánimo Alfonso
 Que el pan de la vida aguarda.

En su despejada frente
Reina del justo la calma,
Todos lloran, y él sonrie,
Que el morir no le acobarda.

Sus ojos en don Fernando
Con dulce ternura clava;
¡Cuánta expresion, qué elocuencia
Destila aquella mirada!

La diestra del moribundo
El joven príncipe baña
De lágrimas que á torrentes
El fiero dolor le arranca.

Sollozando, en sus mejillas
Con filial amor estampa
Tiernos besos, y angustiado
Limpia el sudor de sus canas.

Mas ya con la Eucaristía
Trémulo don Juan avanza,
Y al verle, póstranse todos
Ante el Dios de las batallas.

Recibe el augusto enfermo,
Purgado ya de sus faltas,
El manjar que misterioso
Conforta al partir el alma.

Ruega que el óleo santo
Manden traer sin tardanza,
Y el digno pastor le unge,
Y á morir bien le prepara.

Despues de orar algun tiempo,
Tranquilo al príncipe llama,
Pide que á solas los dejen,
Y le dioe estas palabras:

«¡Fernando, amado Fernando,
La partida está cercana,
Morir es fuerza, que el mundo
No es del humano la patria!

—¡Padre y Señor! aún espero....
—No me interrumpas; si me amas,
Óyeme, y no te abandone
La resignacion cristiana.

Esto es un sueño: allá arriba,
No tardando, nuestras almas
Con vínculos han de unirse
Que nunca allí se desatan.

Tu madre, mi Berenguela,
Que más que reina fué santa,
Desde su trono de gloria
Con tiernas voces me llama.

Yo tambien, cuando acá cumplas
Los destinos que te aguardan,
Á mi turno he de llamarte
Al reino que nunca acaba.

Dirás á tu hermano Sancho
Que le abrazó con el alma
Y como á ti le bendijo
Su padre cuando espiraba.

Nunca con él armes guerra
 Por ambiciones bastardas,
 Triste origen de disturbios
 Que el reino mísero paga.

No olvideis que son los reyes
 Hechura de Dios, y ultrajan
 A la justicia divina
 Los que atropellan la humana.

Procurad que Porto Magno,
 Juntando recursos y armas,
 Vuelva á Castilla, que importa
 Más que otra alguna esa plaza.

Persigue al infiel sin tregua,
 Mas despues de la batalla
 No viertas la inútil sangre
 De quien perdon te demanda.

Sé prudente, sóbrio, justo,
 Y del bien comun en aras
 Doquier el vicio persigue,
 Doquier la virtud ensalza.

De un gran pueblo los destinos
 Vas á regir; los que mandan
 Débiles son si los temen,
 Invencibles si los aman.

Hazte amar tú; no es difícil,
 Fernando mio, si hermanas
 El rigor con la clemencia,
 Y el poder con la templanza.

Odiosas nunca tus leyes
 Al grande ni al pobre se hagan
 Con vejaciones injustas,
 Con privilegios sin causa.

Busca el bien del mayor número
 Con disposiciones sábias,
 Que ni al uno mortifiquen,
 Ni al otro infundan audacia.

Por igual debe á los pueblos
 Un buen rey su vigilancia,
 Sin miramientos de clases,
 Sin distinciones de razas.

¡No puedo más!.... dí á la Reina....
 ¡Cielos!.... las fuerzas me faltan!....
 ¡Acércate!.... así!.... Fernando!....
 ¡Hijo mio!.... hasta mañana!....»

Dice: y se hunde cual de plomo
 Su cabeza en la almohada,
 Busca la luz y suspira,
 Y el último aliento exhala.

Como aquel que de improviso
 Tras súbita llamarada
 Ve los estragos del rayo
 Que Jove lanzó á sus plantas,

Y en su aturdimiento duda
 Si vive aún, y con ánsia
 Pasea en torno los ojos
 Y se estremece, y se palpa;

Tal quedó el príncipe, viendo
Marchita, inmóvil, helada,
La frente que en cien combates
Respetó la dura Parca.

Mas luego que á sus potencias
Vuelve la luz que les falta,
Con los exánimes restos
Deshecho en llanto se abraza.

Cierra sus cárdenos ojos,
Besa sus lábios, y estallan
Ayes que mal reprimidos
Del pecho á tropel escapan.

Don Juan con otros prelados,
Sanchez, Osorio, el de Trava,
Castro y demás ricos-homes
Que afuera inquietos aguardan,

Con triste silencio llegan
Del príncipe hasta las plantas,
Y el lecho mortuorio al punto
Bendice el pastor, y exclama:

»¡Qué pérdida! orad, señores,
Orad, que la muerte es santa;
¡Un justo más cuenta el Cielo,
Un héroe ménos España!....»

Y sollozando encomiendan
Con filial ternura el alma
Al Dios cuyos altos juicios
Todos humildes acatan.

Cunde la voz por el campo,
Y al saberse la desgracia,
No hay guerrero cuyos ojos
En llanto no se deshagan.

Mas ved que plumizas nubes
Se agrupan acaudilladas
Por el áustro que en las cimas
De Sierra Morena brama.

Súbiteo fuego el espacio
De Oriente á Occidente rasga,
Que brilla y desaparece,
Vuelve á lucir y se apaga.

Grita el cárabo en las quiebras
De la riscosa montaña,
Y en su ignorado escondrijo
Los reptiles se acobardan.

Retumba la voz del trueno
Que con horror se desata,
Cual si alarde hacer quisiera
De su poderosa rábia.

Conmuévase en sus cimientos
Mal segura la comarca,
Y el cielo estallando rompe
Sus terribles cataratas.

El humilde riachuelo
Que inofensivo jugaba
Poco há de su pobre cáuce
Con las juncias y espadañas,

Precipitado torrente,
Peñas y troncos arrastra,
Y no hay estorbo que luche
Con su soberbia pujanza.

Diríase, aquel desórden
Contemplando, que lloraba
Naturaleza afligida
El triste fin del Monarca.

.
.

Recógense al fin las tiendas,
Los ginetes se preparan,
Y al nuevo sol, de Toledo
La ruta siguen trazada.

Melancólico silencio
Reina doquier, y las cajas
Con son destemplado anuncian
Que está el ejército en marcha.

De negro crespon vestido
Lentamente á retaguardia,
Y escoltado por mil picas,
Un carro fúnebre avanza....

¡Son los despojos mortales
Del grande Alfonso! ¡Paz hayan
Acá en la tierra sus restos
Y gloria en el Cielo su alma!